



## EN LA ORILLA DEL MAR

*Con una alegría que se abraza a un ancla*

Bienvenidos a nuestra parroquia Santa María Madre de Dios. Gracias por visitarnos y darle sentido a nuestro belén que lo tiene en ser un instrumento para ayudar en tu oración y en la de tu familia en estos días de Navidad.

Me llamo Simón, aunque tú me conoces por Pedro. He protagonizado relatos, narraciones, cuadros y, recientemente, hasta series de televisión. Me representan sentado en una cátedra, como pilar de una gran institución... Hoy me presento de una forma mucho más cotidiana y humilde.

Quiero mostrarte mis dos barcas. Te hablo desde la de mi vida, la que puedes encontrar en la parte posterior del Belén. Desde lo que verdaderamente soy... un pescador que está sacando su barca del mar tras una dura jornada de trabajo, como la tuya, para ir a un hogar como el tuyo, para atender a mi familia como la tuya...

Sin embargo, la que más te habrá llamado la atención es la que preside el Belén de este año, grande, llamativa... también humilde, incluso deteriorada. Es mi otra barca, la de mi Vida, con mayúsculas, la de la Iglesia.

Entre ambas hay una profunda relación. No se podría entender la una sin la otra. Al igual que pudiera ocurrirte a ti. Mi barca pequeña es testigo de una vida esforzada, preocupada por tantas incertidumbres y amenazas como las que describen los evangelistas por la presencia de los romanos en nuestra tierra. Y, con ellos, la falta de libertad, nuestro orgullo pisoteado... ¡y los impuestos! Y, con ellos, la pobreza de tantos personajes que pueblan el Belén. Que vieron el alza de los precios y que tuvieron que redoblar esfuerzos en sus trabajos y austeridades en sus vidas cotidianas... Parece que estuviera hablando de tus tiempos.

A los judíos nunca nos gustó el mar. No somos como los fenicios, intrépidos navegantes quienes descubrieron todo el Mediterráneo. Para nosotros el mar siempre fue el símbolo del mal. Tuvimos que sortear el peligro del Mar Rojo para poder continuar nuestra marcha por el desierto. En nuestra memoria estaban los relatos del diluvio y de cómo Noé tuvo que superar la amenaza. Las dificultades de aquél profeta Jonás quien, en su huida de Dios solo consiguió hundirse más y más profundamente en el mar... El mar es para nosotros la amenaza de la galerna, la muerte que porta su salinidad...



Podrás entender, entonces, el impacto que produjo en nosotros el encuentro con Jesús y su mandato de ser “pescadores de hombres”, aquellos que rescatan lo que hay de vida en un espacio, en un entorno que es, principalmente, de muerte. Lo entendimos en seguida cuando nos miró profundamente para llamarnos a una tarea como esta... O que Jesús nos invitara a caminar sobre las aguas, como él lo hacía, invitándonos con esperanza a que era posible vivir de esta forma, dejando el mal bajo nuestros pies cuando están impulsados por la fe.

Entenderás, también, la importancia de una barca para nosotros... Es lo que hemos construido humanamente y que nos permite navegar por encima de los peligros que constituyen los oleajes, las mareas, la sal que expresa la muerte...

Mi barca, la pequeña, está construida con las tablas de mis padres, de mi esposa de la que tienes referencia por la referencia a mi suegra en el Evangelio de Marcos, de mis amigos... y tras nuestro encuentro con Jesús, de la comunidad formada por los apóstoles...

La grande, la que vertebría el Belén de este año es la Iglesia, forjada en el decurso de los siglos, con cada uno de los escenarios culturales, sociales, políticos y económicos de cada tiempo... la vida misma en la que la Iglesia ha ido construyendo una identidad, ha procurado ser reflejo de la luz de Dios con muchos aciertos... y con no pocas contradicciones que reflejan su carácter humano...

La barca no está varada, aunque sí muy deteriorada, mejor aún, desgastada, porque solo así la Iglesia, deshecha en el servicio puede adquirir su sentido y, al mismo tiempo, mostrar su identidad, su misterio, lo que alberga en lo más íntimo de su ser...

A su alrededor hay muchas personas muy ocupadas en sus quehaceres. Conviven con ella, pero sin dirigirse hacia sus tesoros. Están afanados en los oleajes cotidianos de trabajos y agendas que deben ser cumplidas. Todos, menos tres personajes que se dirigen hacia ella en un largo viaje en camello. Todos, menos los más humildes y los que vivían en la situación de indigencia, los pastores, que reaccionan asombrados a la aparición de un ángel que les trae la buena noticia de que el sentido, la plenitud, la respuesta a sus preguntas más hondas están cerca... Por eso, alrededor de la anunciaciόn a los pastores, hay muchos que dirigen su mirada y sus pasos hacia el interior de la barca.

Podrás comprobar que en su interior se recogen los principales misterios que celebramos en estos días. Pues meditar en la soledad de una mujer joven, en un intenso discernimiento acerca del significado de lo que siente como proveniente de Dios, de un ángel,



y que le llama a aceptar la locura de ser la madre de Dios. Contempla la ternura de los padres quienes sostienen en sus brazos al niño que ha nacido. Medita en el significado de aquellos que se han puesto en camino hacia el pesebre y que expresan el mayor acto de fe: reconocer la presencia de Dios en la vulnerabilidad y fragilidad de un niño que es la de Dios que ha querido hacerse presente en ella...

Todo lo que es la Iglesia, lo que le da sentido, lo que le mueve... es el tesoro de significados que portamos en una barca que surca todos los mares posibles para ir a vararse en la orilla de cada cultura, cada tradición, cada familia, cada persona... y entonces hacerse transparente desgastándose en forma de trabajo, de servicio, de escucha, de cercanía a las situaciones de dolor de las personas...

El mar separa espacios. En la Biblia, la llamada de Jesús es continua a «cruzar al otro lado» y, con ello, está invitando a abrirnos a lo diferente, a lo desconocido... pero, también, a dejar en la otra orilla lo que nos aleja de Dios. Fíjate, cómo, al otro lado, están las únicas construcciones amuralladas, fortificadas, redobladas en su estructura para proteger, para intentar contener las amenazas... Aparentemente, son expresión de prudencia, de fortaleza, de poder... Y, sin embargo, están en la orilla del mar que Jesús quiere que abandonemos para asumir la incertidumbre, el riesgo, el peligro de las pequeñas barquitas que, cosidas por el cariño, por la amistad, por el diálogo, pueden atreverse a recorrer los mares de la desconfianza, de los verdaderos peligros de la vida que se muestran como olas que parecen tener la capacidad de terminar con todo... Y, sin embargo, en esa fragilidad, es donde aflora la verdadera fuerza, el coraje de la fe, de ponerse en los brazos de Dios.

La barca está varada para su desgaste. Pero no a la deriva. Podrían volver las aguas, podrían alzarla en altura, pero no perdería su lugar, su rumbo, su orientación, su sentido... gracias al ancla. Como ves, es de dimensiones enormes, mucho más grande de lo que sería necesario, aparentemente... No es símbolo de incapacidad de la barca, menos aún de inseguridad en ella... sino de la fortaleza que sentimos en el ancla que habita en cada uno de nosotros. La que nos permite mantenernos en los buenos puertos para fondear y descansar. De la que echamos mano en las tormentas y galernas para que estas sean solo dificultades transitorias y nunca una condena definitiva. Que puedan superar nuestras fuerzas, pero no hacernos perder el rumbo y el horizonte...

Todos necesitamos un ancla. Unas convicciones inamovibles, unas certezas definitivas... Muchos buscan esta ancla en las ideologías, en los proyectos históricos de



grandeza, en los sistemas económicos, en una filosofía o, aún peor, en el espejo de uno mismo. Nosotros, tenemos un ancla, que no es un conjunto de ideas, sino una persona. Jesús de Nazaret a quien sentimos como Dios hecho persona y que camina a nuestro lado. Por eso celebramos con alegría y hondura esta fiesta, la de que el Dios hecho niño se nos ofrezca como el ancla de nuestra vida. Jesucristo es el mismo en mi hoy que es tu ayer, en mi futuro que es tu presente y en lo que quiera venir a nosotros. Y, con esta ancla, puede uno aventurarse en todas las navegaciones que sea necesario recorrer... y vivirlas como oportunidad y desafío de crecimiento, y de disfrute.

Vuelvo a mis tareas, a mi esfuerzo cotidiano, lo ofrezco al Señor pensando en tu familia. Vuelvo a mi barca, que este año tiene un nombre que nunca quisimos escribir, pero que lo está tatuado en lo más profundo de nuestros corazones y que ha sido la inspiración de todas estas semanas de trabajo para tí y tu familia.

Te dejo una oración, atribuida a Teilhard de Chardin, muy apropiada para situaciones de oleaje, que ojalá no sean las tuyas en este momento actual. Que sean, entonces oportunidad para pedir por los que estén viviendo zozobra.

Feliz Navidad

No te inquietes por las dificultades de la vida,  
por sus altibajos, por sus decepciones,  
por su porvenir más o menos sombrío.

Quiere lo que Dios quiere.

Ofrécele en medio de inquietudes y dificultades

el sacrificio de tu alma sencilla que,

pese a todo,

acepta los designios de su providencia.

Poco importa que te consideres un frustrado

si Dios te considera plenamente realizado,

a su gusto.

Píérdete confiado ciegamente en ese Dios

que te quiere para sí.

Y que llegará hasta tí, aunque jamás lo veas.



Piensa que estás en sus manos,  
tanto más fuertemente cogido,  
cuanto más decaído y triste te encuentres.

Vive feliz. Te lo suplico. Vive en paz.

Que nada te altere.

Que nada sea capaz de quitarte tu paz.

Ni la fatiga psíquica. Ni tus fallos morales.

Haz que brote,  
y conserva siempre sobre tu rostro,  
una dulce sonrisa,  
reflejo de la que el Señor  
continuamente te dirige.

Y en el fondo de tu alma coloca,  
antes que nada,  
como fuente de energía y criterio de verdad,  
todo aquello que te llene de la paz de Dios.

Recuerda:  
cuanto te deprima e inquiete es falso.

Te lo aseguro en el nombre  
de las leyes de la vida  
y de las promesas de Dios.

Por eso,  
cuando te sientas apesadumbrado, triste,  
adora y confía.

Teilhard de Chardin